



LA REVELACION DEL ECO

RECUERDOS DE CUAJIMALPA

(Á MIS COMPAÑEROS DE EXPEDICIÓN)

REBUJADOS en nuestros gruesos sarapes y tendidos en la yerba frente á los oscuros y fantásticos paredones del Convento, bajo un cielo gris, sin luna y sin estrellas, es cuchábamos las quejas de la gúitarra, fumando y pensando...

El eco repetía triste la melancólica estrofa que se perdía gimiendo en las profundas sombras....

El eco, el eco de las ruinas sobre todo, es un simple fenómeno físico, ó es una realidad de otro género que remueve en el fondo de las tumbas los olvidados recuerdos como fugaces chispas que aun tiemblan entre la fría ceniza? Es la voz de los que duermen, que brota ahogada y sollozante para decir al viento de la noche las angustias y los secretos de los que amaron y lloraron? Las bóvedas que resuenan lúgubres á nuestras impías pisadas, suspiran

ó se quejan? Esos mil rumores que se agitan temblando entre las desportilladas piedras ó susurran lánguidos entre los árboles, no son confidencias de amores, llorosas como el débil viento, vagas como la perdida nota, que van en busca de un nido caliente y oculto ó de una pareja extraviada en la discreta sombra? Por qué nos estremecemos á esas voces misteriosas con las angustias y los afaes de deseos imposibles, como si dentro del alma abrieran y agitaran sus alas las ilusiones y salpicaran sus estrellas los recuerdos?.....

Volaban mis sueños envueltos en las espirales de mi cigarro, y junto á mí, mudos bajo la parda noche, mis compañeros también soñaban en medio de la majestuosa calma del bosque dormido. Evocábamos esas aspiraciones aletargadas, esos deseos confusos envueltos en lejanas nieblas, esas mil historias de amores que se sueñan y nunca se realizan, blancas siluetas de mujeres puras como vírgenes de luz, ojos azules como el cielo de la montaña, brazos suaves que no rompan el cuerpo, besos de amor que no quemem el alma!.....

Una lejana campanada rompió en los aires su lamento de bronce, los árboles suspiraron dulcemente, y como si se hubiesen desarticu-

lado las piedras y abierto las sombras, una voz ahogada y temblorosa, como la voz de los secretos, brotó de las profundidades negras.....

I

Yo sé una historia, olvidada como estos paredones agrietados, grandiosa como estos bosques salvajes. No quiero que quede sepultada para siempre bajo las ruinas: recójanla los corazones sensibles que sueñan y aman anhelando el cielo en sus delirios; y palpiten á los recuerdos evocados en el silencio y la soledad, recuerdos ¡ay! tan dolorosos como todo lo que muere llorando, tan tristes como el gemido lejano del arroyo que huye estrellándose en las piedras, como la pálida luz de luna que alumbrá los derruidos arcos.....

Una mañana, los piadosos frailes encontraron en esta planicie, alumbrado por el sol naciente, á un hombre sin movimiento, lívido, con el traje roto, las manos sangrando, revuelta la magnífica cabellera rubia y con los grandes ojos azules fijos, clavados en el fondo sin manchas de un cielo de verano.

Cuando recobró los sentidos, estaba en una celda al cuidado de los caritativos hermanos. Su primer impulso fué el asombro, después sonrió tristemente y luego rompió á llorar, á

llorar con amargura, golpeándose el corazón en accesos de horrible rabia.—Quería huir, trepar la montaña arrastrado por espantoso vértigo hasta estrellarse ó morir de cansancio y de impotencia.

—Sí! gritaba desesperado; allá está, cerca de las nubes, en el cielo.... Dejádme, dejádme! quiero correr, volar, llegar á ella y morir deslumbrado de amor y de ventura!

—En el cielo sólo está Dios, desdichado! decía compasivo y severo el anciano prior.

—Dios?.... Dios es ella! gritaba el pobre hombre, y sus ojos azules se cuajaban de lágrimas, los suspiros y los gritos se atropellaban en su garganta y se retorció con dolorosa desesperación, mientras la esquila de la torre sonaba su voz metálica y monótona y el murmullo de la oración se dilataba, sordo, en las bóvedas de la Capilla.....

En la noche se le calmó la fiebre y una sonrisa de resignada tristeza se dibujó en sus labios.

—Me llamo Baltasar; tengo una anciana madre que me adora y la he abandonado por seguir á un fantasma, al fantasma de mi amor..... ¡ay! y he caminado sin descanso tres días y tres noches..... Padre, sois bueno; estos monjes son caritativos..... bendícelos, Dios mío! Yo soy un loco y un miserable..... perdón, padre, perdón! La amo tanto!..... tanto!.....

—Pobre hijo mío; duerme y ruega á Dios por el descanso de tu alma.

—Sí, Padre, voy á dormir; en sueños la veo: Es blanca como el ala de una paloma; sus labios, rojos y frescos como dos hojas de amapola, me sonríen entreabiertos, me arroja al cuello sus flexibles brazos, me cobija con su suelta cabellera negra, pega sus labios á mis labios y en sus ojos abiertos se dilatan los cielos.

Sus párpados se entornaban suavemente como para ver mejor en la sombra al luminoso fantasma, una dulce sonrisa de deleite movía sus labios, y el sueño lo mareaba lentamente con su danza de visiones vagas.

El prior cayó de rodillas junto á la cama y levantando los piadosos ojos murmuraba: "*Pater noster quies in cœlis.*" "*Santificetur nomen tuum.*" contestaban en coro las voces lúgubres de los frailes que recorrían con pasos secos y acompasados los corredores, proyectando en las paredes sus sombras caprichosas y movedizas.

La luna prendía su sudario ceniciento en la cruz del campanario, se quejaba el arroyo con la eterna queja de la onda que huye y el viento frío inclinaba las doloridas ramas.

La casa de oración dormía, Dios velaba; la pequeñez de abajo se envolvía en las sombras de la noche, las estrellas ardían en la inmensidad azul!

II

No quiso abandonar el Convento, pasaba sus días en la oración y la penitencia, conforme, resignado, casi contento con las prácticas severas y las rudas disciplinas.

En la noche se tendía en la yerba á contemplar los astros ó se internaba entre las espesuras.

Pálido como una luna de invierno, la mirada triste y profunda, en su frente el pliegue de una contracción nerviosa, sus largos rizos rubios cayendo en desorden sobre el tosco hábito. todo hacía de Baltasar una imponente figura, engrandecida por el dolor. Era respetado y querido porque sufría y lloraba.

Tenía accesos desesperados, horribles; relampagueaban sus pupilas con fuegos deslumbradores, su frente se cubría de nubes y sus cabellos se encrespaban azotados por el huracán! . . . Entonces caía de hinojos en las desnudas losas, se maltrataba el cuerpo y permanecía horas enteras de bruces en las frías gradas del altar. Se levantaba sereno, risueño, y miraba al cielo con una expresión profunda de infinita bondad.

Sobrio y rígido, era capaz de llegar al heroísmo del sacrificio. Su alma era inmensa, llena de contrastes, albergando desde los sentimientos apacibles de la doncella cándida,

hasta las pasiones brutales y los apetitos desordenados de los antiguos sátiros. Solo sobre el monte, contemplaba impasible las tormentas de fuego; y otras veces, en cambio, un rayo de luna entre los árboles, en las tibias noches de Mayo, le hacía hervir la sangre: espantosa tempestad se desencadenaba en su alma, y corría, loco, entre las peñas y los matorrales, en pos de su quimera.

—Este pobre hombre, decía el prior, es capaz de reír en la hoguera del mártir ó de matarse cobardemente maldiciendo á Dios. Dios lo proteja!

Habitaba una celda del subterráneo, pequeña y húmeda, siempre obscura. Dormía sobre un montón de hojas secas. En la celda sólo había una mesa de pino y sobre la mesa un cántaro de agua fresca. Sobre su lecho un crucifijo de madera. En los ratos en que la oración y la fatiga lo dejaban libre, paseaba su sombra meditando bajo las bóvedas del subterráneo: lo recorría lentamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente inclinada y el pensamiento perdido en las profundidades de su sueño. . . .

En las altas horas de la noche, cuando el padre celador con la linterna en la mano, el capuchón sumido hasta las cejas y su manojo de llaves en la cintura, recorría los largos corredores, los estrechos pasillos, las bóvedas oscuras y sonoras de la Capilla, y bajaba por

la retorcida escalera al subterráneo, esquivaba apresurado la celda de Baltasar, conteniendo el aliento, ocultando la linterna entre los pliegues del hábito como para refugiarse en la sombra, se persignaba con mano temblorosa y la oración cobarde se agitaba en sus pálidos labios. . . .

Decía oír suspiros, palabras dulces, apagados besos. . . .

III

La atmósfera estaba cargada de electricidad. Una enorme nube negra se esponjaba en el cielo y el aire huracanado estrellaba su furia en los robustos árboles que respondían al choque con un bramido sordo que dilataba el eco. Lívidas claridades fulguraban en el horizonte y los truenos rodaban en la inmensidad negra con el estrépito de gigantes cañones.

En la Capilla, en su cerco de pálidos cirios, la Virgen sonreía. . . .

Los frailes, de hinojos, como tétricos fantasmas de la sombra, envueltos en sus largos hábitos, entonaban el eterno, el triste Misere-re, como un grito desesperado, como un gemido angustioso clamando compasión al iracundo cielo. Las notas se desbordaban del órgano como una armonía rebelde de sollozos y lágrimas. El cielo respondía á las estrofas de

dolor con el horrible concierto de la tempestad deshecha! . . .

Los rayos se enroscaban como culebras de fuego en los robustos troncos que saltaban en astillas inflamadas, el torrente se encabritaba entre las peñas, hinchado, resonante; el monte se estremecía con horribles convulsiones sacudido por la tormenta; el cielo, enrojecido, estallaba en apocalípticas explosiones de lumbre!

La plegaria de los aterrados frailes se perdía, débil y ahogada, como el lamento de los heridos en el fragor del combate. . .

Los relámpagos teñían con luz siniestra los tragaluces de la Capilla. . . palidecían los cirios, los frailes se cubrían el rostro con las crispadas manos y temblaban en las bóvedas las moribundas notas del Miserere. . .

La Virgen, en su cerco de pálidos cirios, sonreía. . .

En medio del bosque, la tempestad cortaba con sus truenos este monólogo de Baltasar: "Cómo la amé? Es un enigma. Sólo sé que mi juventud brotó tormentosa como esta noche; fecunda en pasiones asoladoras, preñada de deseos inmensos, con relámpagos y rayos y huracanes. Una ola de sangre hirviente azotaba mi corazón y mi cerebro: me consumían las llamas de un incendio devorador; necesitaba expansión, cauce sin obstáculos, horizonte sin límites. . . una mujer! Y enton-

ces. . . ay! sí, entonces la ví, brotando del claro río, con sus carnes palpitantes de pasión, la negra cabellera ondeando sobre las blancas espaldas, los ojos profundos y brillantes como el cielo sin fondo, los brazos extendidos con las ansias de un abrazo eterno, los labios rojos, húmedos, abiertos, esperando los míos para hacer estallar en la chispa de un beso todo el amor de nuestras almas! . . . Y me precipité á ella en un arrebató de pasión inmensa. . . pero ah! la luna se veló tras una nube celosa de mi dicha, y ella. . . desapareció. . . desapareció! Sólo pude articular una maldición y caí sin sentido, con fiebre, sobre la yerba mojada. . . Y desde entonces la busco, delirante. Y la he de encontrar, el corazón me lo grita. . . allá, bajo el monte, en la corriente, entre los verdes álamos, cuando la luna bañe sus copas y alumbré los misterios del río. . . Cesen tus furores, noche horrible! encadena tus rayos, ahoga tus truenos, refrena tus huracanes, barre tus nubes, y que en el limpio azul tiembren de amor las estrellas y surja la luna sobre el monte inundando de luz la corriente de cristal! . . ."

IV

Calmó la tempestad. Sólo se percibía el aliento inmenso del bosque, entrecortado, co-

mo fatigado por la lucha, y el sordo rumor del torrente acrecentado por la tormenta. Débiles y lejanas claridades intermitentes, manchaban aún el cielo como fuegos próximos á expirar. Las nubes se rasgaron, y la luna, redonda y luciente como un disco de acero, se engastó en el campanario. Los árboles, oscilando al viento, desprendían de las hojas gruesas gotas brillantes. Chorreaman las paredes del Convento, la gran fuente desbordaba á intervalos sus capelos de cristal y de la tierra se exhalaba un olor penetrante, húmedo y fresco. . . .

Regó la luna su polvo de plata en las baldosas de la Capilla, y como un iris de paz chispeaba colores la diadema de la Virgen.

Los frailes entonaron una ferviente plegaria, llena de amor y de fe, acompañada por las poderosas voces del órgano que se despeñaban en catarata de vibrantes armonías, como un enjambre de pájaros bulliciosos, trinando en la espesura. . . .

V

—“Baltasar! Hermano Baltasar! . . .” En vano buscan á Baltasar en su celda, en los corredores, en el coro. . . . Ha aparecido la luna y Baltasar va en busca de su quimera. Excitado por el recuerdo, atraído por el ruido

del torrente, allá va. . . . como una sombra, entre los árboles, entre las peñas, desesperado, con la imaginación caldeada, los profundos ojos abiertos en la inmensidad, la cabellera al aire y el pensamiento en el cielo.

El arroyo baja despeñado, furioso. Las grandes piedras, lavadas por la lluvia, lustrosas, chispean á los rayos de la luna; las olas se estrellan en penachos de finísimas luces y caen en el profundo remanso como sueltas cabelleras de plata. Los álamos blancos tiemblan en la noche y se quejan con melancólica dulzura. . . . Vagan en el aire perfumados alientos, suspiros tenues, lánguidas caricias. . . . Todo palpita con los ligeros estremecimientos de la sombra nupcial. . . .

Desgarrado el hábito, enmarañado el cabello, concentradas en el abismo de los ojos todas las luces de su alma, con la frente tan pálida como la frente de cera de los santos, sofocado y palpitante, Baltasar se detiene como petrificado sobre las rocas.

Murmura la corriente una blanda queja de amor, gime el viento en las copas verdes y se llenan las sombras de vagas armonías. . . . Y la visión surgió del revuelto río, con sus carnes palpitantes de pasión, la negra cabellera ondeando sobre las blancas espaldas, los ojos profundos y brillantes como el cielo sin fondo, los brazos extendidos con las ansias de un abrazo eterno, los labios rojos, húmedos, abier-

tos, esperando los labios de su amante para hacer estallar en la chispa de un beso todo el amor de sus almas! . . .

Se crisparon los nervios de Baltasar, se hincharon sus venas, en sus ojos brillaron llamaradas de incendio y en el voraz frenesí de su pasión se arrojó sobre los blancos senos. . .

La procesión de frailes, como una culebra, se torcía entre los corredores del Convento y salía á la llanura por la negra puerta, como de una cueva, salpicando la sombra con las luces de las antorchas. La esquila, con sus notas acompasadas y graves, asordaba el viento. La plegaria de los frailes subía al cielo, pura, ferviente. "*Ave María!*" La Virgen, en su altar, iba envuelta en una nube de incienso. El órgano desparramaba raudales de notas. "*Ave María!*"

La culebra extendía sus mil ojos de fuego en las sombrías avenidas, se dilataba, enorme, en la llanura, y bajaba al río, serpeando, arrastrándose entre las peñas. . . Las notas del órgano se dilataban como una parvada de armonías que vuela á lo lejos y la voz de la esquila, como un lamento funeral, se apagaba. . . El *Ave María* llenaba los espacios con el inmenso clamor de la plegaria.

La procesión se detuvo, enmudeció el canto, vacilaron las antorchas y la larga hilera de frailes cayó de rodillas. Un grito inmenso subió al cielo. "*Miserere! Miserere!*"

El cuerpo de Baltasar yacía estrellado en el filo de las peñas. La espuma del río salpicaba con brillantes copos su frente ensangrentada.

La Virgen, en su cerco de pálidos cirios, sonreía. . .

Septiembre, de 1801.

